

Segunda charla:

## ORÍGENES DEL SÍMBOLO APOSTÓLICO (I)

En la primera charla sobre el Símbolo os hablé no tanto del Símbolo cuanto de algunos aspectos de la realidad de la fe. ¿Por qué? –Porque lo primero que hay que saber es que el símbolo es el símbolo de la fe, una comprensión, expresión y afirmación de la fe cristiana. Así que, antes de adentrarnos en símbolo de la fe, debíamos aclarar qué es la fe.

De hecho el título era: «La fe es el testimonio apostólico sobre Jesús». Y bajo ese título tocamos:

I. La fe, realidad divina, más divina que humana: 1º, porque es un gracia de Dios; 2º, porque es respuesta a la Revelación de Dios y depende de ella, de su iniciativa y de su verdad. En el diálogo entre Dios y el hombre, la fe es respuesta. Por eso la fe no puede albergar cualquier contenido, la fe se fundamenta en la verdad de Dios revelada en Cristo.

II. La fe es la fe de los Apóstoles. Ellos fueron los testigos directos del acontecimiento “Cristo” y ellos los que recibieron el don del Espíritu Santo para penetrar en la verdad de aquel que tuvieron delante. A partir de ahí la comunión con Dios depende de la comunión con Cristo y ésta de la incorporación (aceptación y confesión) de la fe apostólica. Eso es lo que se expresaba en 1 Jn 1,1-4:

**«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida —pues la vida se ha manifestado—: nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa.»**

III. Esta fe, que es gracia y respuesta, que es aceptación del testimonio apostólico es el fundamento de la vida cristiana, es el principio de la vida cristiana. Y siguiendo a Sto. Tomás enunciábamos los bienes que esta fe comporta:

- 1º. Por la fe, el alma se une a Dios: pues por la fe el alma cristiana celebra como una especie de matrimonio con Dios: «**Te desposaré contigo en fe**» (Os 2,20). Relación intrínseca entre fe y Bautismo. Bautismo sin fe de nada sirve. [Y citas de la Escritura sobre la necesidad de la fe] (p. 43) [**“Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones”**]. La fe es el comienzo de la inhabitación de Cristo en el alma]
- 2º. Por la fe, se incoa en nosotros la vida eterna (fe — conocimiento de Dios — vida eterna). Y nadie puede llegar al conocimiento de la vida eterna, si antes no conoce a Dios por la fe.
- 3º. La fe dirige la vida presente. Enseña todo lo necesario para vivir bien. “Ningún filósofo antes de la venida de Cristo, aún con todo su esfuerzo, pudo saber acerca de Dios y de las cosas necesarias para la vida eterna lo que después de su venida sabe cualquier viejecilla por medio de la fe” (p. 44)
- 4º. Por la fe venceremos las tentaciones, que nos enseña que hay que obedecer a Dios; que no hay que temer las dificultades, ni desear la prosperidad de este mundo, porque esperamos otra vida mejor y conocemos el verdadero mal, el infierno; que debemos despreciar los gozos momentáneos de la vida presente, para no perder los eternos.

## INTRODUCCIÓN:

Ahora quiero abordar un asunto muy importante para la comprensión del símbolo apostólico: **sus orígenes, cuándo, cómo y para qué se formó**. En la Iglesia tenemos varios símbolos de la fe. Los más importantes son el que llamamos apostólico y el niceno-constantinopolitano. Nosotros dedicamos estas charlas al símbolo apostólico.

Partamos de lo ya dicho. La fe es la fe apostólica. Esta fe quedó plasmada tanto en los escritos del NT como en este texto que llamamos “símbolo apostólico”. El NT es fundamentalmente el relato de unos hechos, de la vida de Jesús y de la primeras comunidades cristianas, que son la plenitud de la revelación de Dios. En él se expresa también la fe con que los apóstoles comprendieron estos hechos y con la que dieron respuesta a Dios.

El Símbolo también recoge estos hechos, pero en él prevalece lo que la fe de los Apóstoles afirma a propósito de ellos. La importancia del símbolo es que, como expresión de la fe de los Apóstoles, nos permite entender adecuadamente la Escritura. La fe apostólica que allí se expresa es como la llave interpretativa de la revelación, cuyos hechos y palabras recoge la Escritura. ¿Qué significa eso? Que el símbolo, dándonos de forma sencilla y clara la fe, nos permite entrar en comunión con Cristo y por él entrar en verdadero diálogo de amor con Dios.

No es extraño que san Ambrosio, hablando del símbolo diga que él es: «**La meditación de nuestro corazón, la que siempre presente él custodia, el tesoro de nuestro pecho**»<sup>1</sup>.

Vayamos, pues, a la descripción de los orígenes del credo, primero de cómo el símbolo bautismal de la sede de Roma se convirtió en el símbolo de todas las sedes del occidente latino, como llegó a ser considerado símbolo apostólico, el asunto de la leyenda sobre su composición y en qué sentido nosotros podemos considerarlo hoy con verdad símbolo de los Apóstoles, expresión de «la fe santa y apostólica», a través de la cual entramos en la comunión de fe con que los apóstoles acogieron y respondieron al misterio de Cristo y entraron, así a participar en la comunión trinitaria (Cf. 1 Jn 1,1-4).

En otra charla abordaremos el asunto de cómo se formó el contenido del Símbolo, lo que nos ayudará a entender los dos misterios principales que se cruzan en él, su estructura trinitaria, la estructura trinitaria de la fe y del símbolo. Y el asunto de la confesión de la Unidad y la Trinidad en Dios, que es el asunto clave para comprender nuestra propia profesión de fe.

Sin ningún deseo de componer algo original, seguiré aquí una famosa obra de Henri de Lubac, *La fe cristiana*<sup>2</sup>, limitándome a sintetizar y a extraer de su obra los datos que creo pueden daros una mejor idea de los orígenes del Símbolo.

---

<sup>1</sup> SAN AMBROSIO, *Explanatio symboli*, 1

<sup>2</sup> HENRI DE LUBAC, *La Fe Cristiana* (FAX, Madrid 1970). Aquí sobre todo el cap. I: «Historia de una leyenda».

## II. LOS ORÍGENES DEL «SÍMBOLO DE LOS APÓSTOLES», EN RELACIÓN CON OTROS SÍMBOLOS EN LA IGLESIA ANTIGUA.

Es muy difícil rastrear la formación concreta del símbolo de los Apóstoles. Tenemos la certeza de que en un tanto por ciento muy elevado, su contenido no es sino el del símbolo bautismal de la Iglesia de Roma. Creemos que este “Símbolo romano” estaba formado en el s. II. Y creemos que en el s. IV el símbolo romano es ya el actual “Símbolo de los Apóstoles”.

En cada sede, y a veces cada obispo, tenía su propio símbolo bautismal. Que guiaba la formación de los catecúmenos y que formaba parte de la liturgia del Bautismo.

Uno de los motivos por los que es tan difícil rastrear la formulación concreta de estos símbolos antes del s. V o VI es que eran textos que se transmitían de memoria, sin escribir, a causa de la disciplina del arcano que regía la enseñanza de los misterios en el catecumenado primitivo...

Sin embargo, las catequesis posteriores y anteriores al Bautismo que se han conservado, nos permiten rastrear el contenido del símbolo, porque era su punto de referencia fundamental, ya como punto de llegada, ya como punto de partida. Lo curioso es que desde muy pronto los contenidos que podemos rastrear son comunes en todas las sedes episcopales de la Antigüedad, lo que nos habla de una sorprendente unanimidad en los contenidos de estos símbolos.

Lo que ocurrió en las sedes de lengua latina, las occidentales, es que la primacía dada a la Iglesia de Roma, hizo que todas las sedes fueran acogiendo su símbolo como propio. Esto era sumamente fácil teniendo en cuenta que las diferencias entre los símbolos eran mínimas y nunca esenciales.

Por el mismo tiempo en que en Occidente el Símbolo romano llegó a ser lo que hoy es el símbolo apostólico y se convirtió en símbolo bautismal común a todas ellas, en Oriente, en las sedes episcopales de lengua griega, la cosa fue por otro camino. En primer lugar, entre ellas la primacía de la Iglesia de Roma, aun siendo indiscutible, nunca fue tan “absorbente” como en Occidente. En segundo lugar, el Oriente cristiano tuvo que afrontar una lucha formidable contra el arrianismo, que por el momento era más lejana para el Occidente. Contra la doctrina arriana se pronunció el concilio de Nicea (325), que elaboró un símbolo que pudiese contrarrestar la doctrina arriana. Así surgió un símbolo cuyo contexto original ya no era el de la instrucción de los catecúmenos y la liturgia bautismal, sino la lucha contra una doctrina herética. (Símbolo litúrgico o bautismal / Símbolo declarativo), inaugurando

un nuevo tipo de símbolo de la fe. Y éste símbolo de Nicea, luego, de Nicea-Constantinopla se extendió por todas las sedes de Oriente y sustituyó a aquellos otros más antiguos que básicamente eran como el símbolo romano. Y este símbolo es el que han utilizado las iglesias orientales, tanto las católicas, como luego también las ortodoxas, hasta la actualidad.

### III. ORIGEN, DESARROLLO Y CRÍTICA DE LA LEYENDA SOBRE EL SÍMBOLO APOSTÓLICO.

Una antigua leyenda atribuía su composición material a los Apóstoles. Y esta leyenda es la causa primera del nombre que aún hoy le se da. Según ella, el símbolo habría sido formulado en Jerusalén, con el auxilio del Espíritu Santo por los Doce. En la víspera de su dispersión, queriendo prevenirse contra todo riesgo de diversidad en la predicación de la fe que se disponían a llevar por toda la tierra.

El primer documento en que aparece referido con ese nombre es una carta de un sínodo celebrado en Milán, a. 390, al papa:

«Créase el símbolo de los apóstoles, que la Iglesia romana guarda y conserva, siempre intacto»

Cabe destacar 4 elementos de esta breve alusión a nuestro símbolo: 1) El nombre que se le da, que en principio hacia referencia a la suposición de que había sido escrito directamente por los Apóstoles; 2) su vinculación con la sede de Roma; 3) independientemente del nombre que lleve se habla de él como algo conocido, lo que significa que el texto era ya existía de tiempo atrás; 4) su carácter normativo.

Desde el s. II se había hablado en la Iglesia de una «regla de la verdad», de una «regla inmutable. Y se había impuesto la convicción, no sin fundamento de que esa regla se remontaba a los Apóstoles —que no tenía por qué ser escrita—. **IRENEO** (130-202) y **TERTULIANO** (160-220) hablan de esta regla. Y en su concepción, como regla de fe, se parece ya mucho a nuestro credo. También **ORÍGENES** (182-254) hace un elenco de verdades que «fueron transmitidas manifiestamente por la predicación apostólica». El símbolo era una expresión más o menos elaborada de la regla de fe, de tal forma que pudo parecer natural atribuírsela a ellos. Orígenes toma la expresión «palabra abreviada» de Rm 1,7 e Is, para referirla a un Símbolo como síntesis de la fe, pero no atribuye su composición a los apóstoles.

Contemporánea a la carta antes citada del sínodo de Milán tenemos otra atribución del Símbolo a los Apóstoles en una obra de san **AMBROSIO** (337-397) dirigida a los catecúmenos, a los “elegidos” en realidad, la *Explanatio Symboli* —que puede ser muy bien el resultado de un taquígrafo—, entre el 380 y 390. Es un texto que se recita sólo a los que van a recibir el Bautismo de forma inmediata. Según san Ambrosio se trata del símbolo que profesa la Iglesia de Roma, la sede de Pedro, compuesto y transmitido por

los Apóstoles, que se habrían reunido para componer este resumen de la fe a fin de que pudiésemos conservar fácilmente la fe en la memoria y recordarla toda ellas.

**RUFINO DE AQUILEIA** (340-410) repetirá una noticia parecida: que los Apóstoles habían redactado un breve compendio de su futura predicación.

Y san **JERÓNIMO** (340-420): «el símbolo de nuestra fe y de nuestra esperanza fue transmitido por los Apóstoles».

La leyenda no se difunde entre los griegos.

**SAN CIRILO DE JERUSALÉN** (315-386), en su 5ª catequesis bautismal, dirigida a los iluminados habla de “la fe santa y apostólica”, contenida en un símbolo dividido en 12 artículos, muy similar a nuestro símbolo apostólico, pero no idéntico. Y no vincula la composición del texto a los apóstoles. Vincula a ellos su contenido, pero no el tenor exacto de las palabras y mucho menos su composición material. Habla del símbolo como de un resumen de la Escritura apto para que todos lo memoricen.

Lo mismo dice **TEODORO DE MOPSUESTIA** (350-428), pero a propósito del símbolo de Nicea (325).

En el Occidente latino, **SAN AGUSTÍN** (354-430), que muy probablemente conoció la opinión de Ambrosio, no menciona nunca la composición apostólica del Símbolo. Cuando comenta el Símbolo lo introduce con la doctrina que ya hemos visto en Cirilo de Jerusalén y en Teodoro de Mopsuestia. Y no tenemos una sola obra de Agustín sobre el símbolo, sino varias: *De Symbolo ad catechumenos*, el Sermón 214, el tratado *De fide et símbolo*, el *Enchiridion*, el tratado *De Doctrina Christiana*. San Agustín atribuye un origen Apostólico al Símbolo, cosa que hace también con doctrinas más desarrolladas comunes en la Iglesia de su época, así como con costumbres. Pero no se trata de una atribución precisa y literal.

Otros autores, que conocían la atribución literal que Rufino hacía del Símbolo respecto de los Apóstoles, no parecen seguirle, sino que más bien hablan de este tipo de atribución apostólica del símbolo de una forma aún más amplia, diciendo que su origen está en los «Apostoli et Ecclesiarum Patres» o «Ecclesiarum magistri». Es del todo seguro que de haber dado credibilidad a la noticia de Rufino, no la hubiesen pasado por alto.

Tampoco **SAN GREGORIO MAGNO** (540-604) hace alusión alguna al origen literal del Símbolo.

Así que «ni siquiera en Occidente se aceptó jamás universalmente la leyenda. Para toda una línea que podríamos llamar agustiniana, la expresión “símbolo de los Apóstoles” no significa nada más que la forma concisa y autorizada, que se utilizaba en las Iglesias, de la enseñanza procedente de los apóstoles»<sup>3</sup>.

Pero a pesar de todo, algunas causas hicieron que la leyenda que aparece en s. Ambrosio y en la carta del sínodo de Milán fuese tomando fuerza: 1º, la gran autoridad que ya tenía el símbolo, por el mero hecho de ser la profesión de fe bautismal de la sede romana; 2º, por remontarse claramente a unos tiempos muy antiguos; 3º, por recoger

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, 33

una doctrina que todos podían reconocer como común a la Iglesia universal y, por tanto, apostólica. Así SAN LEÓN MAGNO (390-461), escribe una carta donde hace alusión al símbolo y donde se puede interpretar que hace suya la idea del origen literalmente apostólico del Símbolo. Otro texto de la misma época afirma que, al igual que la Escritura, el Símbolo había sido inspirado por el Espíritu Santo y fijado por los Apóstoles.

La leyenda fue coloreándose, combinando los detalles de Ambrosio y de Rufino y añadiendo otros nuevos. Así por ejemplo encontramos esta versión en un predicador galo en el s. VI cuyos sermones fueron luego atribuidos a san Agustín, lo que dio un carácter de autoridad a la leyenda y ayudó a que fuese difundida y aceptada como histórica:

«El décimo día después de la Ascensión, los discípulos se habían reunido con temor a los judíos. Entonces el Señor les envió al Paráclito prometido. Todos ellos se inflamaron como hierro candente. Y, llenos del conocimiento de todas las lenguas, compusieron el símbolo. Pedro dijo: Creo en Dios, el Padre todopoderoso... Andrés dijo: Y en Jesucristo, su Hijo [etc.]. Tadeo dijo: la resurrección de la carne... Matías dijo: la vida eterna... Acrisolados así, como el oro, por el fuego del Espíritu Santo, los apóstoles, que hasta entonces se habían considerado indignos, salieron audazmente a anunciar el Evangelio a toda criatura, como el Señor les había ordenado» (37-38).

Poco a poco la leyenda se aceptó como una realidad histórica, aunque no todos los autores aceptaron todos los detalles. Pero después de la época patrística, en la Edad Media, la leyenda fue aceptada en sus líneas generales y la tendencia fue a adornarla con simbolismos bíblicos del AT y del NT. Y este proceso no sólo se verifica en la Edad Media sino que continúa en la época del Renacimiento.

Pero mientras esto sucedía, ya en el Renacimiento otros autores empiezan también el proceso inverso de poner en tela de juicio el contenido de la leyenda.

Una primera sacudida se había producido en 1438, en el concilio de Florencia, cuando los de lengua griega opusieron ante la declaración del símbolo apostólico que hacían los latinos: «Nosotros no profesamos ni conocemos siquiera ese símbolo de los apóstoles. Si hubiera existido, el libro de los Hechos nos habría hablado de él»<sup>4</sup>.

ERASMO DE ROTTERDAM (1466-1536) matizará ya la apostolicidad del símbolo diciendo por ejemplo: «Si el llamado símbolo de los Apóstoles fue proporcionado también por los apóstoles mismos, es cosa de la que no sé nada. Lo que sí sé es que, al menos, ese símbolo lleva el sello de la majestad y pureza apostólicas»<sup>5</sup>.

La posición de Erasmo será contradicha y muchos mantendrán aún la historicidad de la leyenda sobre el Símbolo. Así el llamado Catecismo de Trento, también Baronio o Belarmino. Pero poco a poco la posición mostrada por Erasmo se abría camino como. De tal forma que un autor que recelaba profundamente del Holandés, el portugués Juan de Santo Tomás (+ 1644), ya no contradice a Erasmo en este punto.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, 48.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 49.

Un obispo anglicano, James Ussher, sintetiza así una tesis que retoma lo que san Agustín ya había expresado: «La Escritura y el Credo no son dos fórmulas de fe diferentes, sino una misma y única regla, en la Escritura dilatada y contraída en el Credo»<sup>6</sup>.

La crítica no sobre el Símbolo, sino sobre la leyenda de su composición por los apóstoles, fue necesaria y objetivamente nos acerca más a la realidad del texto del Credo.

Sin embargo la crítica no parará en la posición de Erasmo, sino que otros autores, ya en el s. XVIII negaron, en un primer momento, que la doctrina recogida en el símbolo pudiese ser considerada como apostólica; y en un segundo momento, que esa doctrina tuviese una correspondencia histórica con el hombre Jesús.

En este sentido el Símbolo corrió la misma suerte que la Escritura en la crítica que hizo de ella la teología liberal, separando fe e historia. Según ella la imagen de Jesús que nos transmiten los evangelios no se corresponde con la realidad histórica del hombre Jesús, sino con una doctrina de fe posterior que poco o nada tenía que ver con el Jesús histórico —Para dar más plausibilidad a esta división entre el Cristo de la fe y el Jesús de la Historia, propusieron una datación de los escritos evangélicos muy alejada de los acontecimientos de la vida de Jesús—. Alejado el contenido de la fe de su referente histórico, el paso siguiente fue el de afirmar la fe sin contenidos de verdad precisos. Una fe como salto absoluto al vacío, eso es lo que vale, despojada de todo apoyo en una verdad real revelada en la historia y despojada de una verdad racional. Contra este vaciamiento de la fe como verdad, dada objetivamente en la revelación histórica y con contenidos racionales precisos se levanta, por ejemplo, J. H. Newman.

Nosotros podemos asumir sin problema que el Credo no fue compuesto materialmente por los Doce Apóstoles, y mantener que la leyenda es sólo eso una leyenda, pero una leyenda que es vehículo «de una elevada enseñanza [...] la unanimidad del testimonio apostólico y la permanencia de la fe cristiana desde sus mismos orígenes. En todo tiempo como en todo lugar, esa fe es la misma. Se transmite sin cambio, desde la primera generación. Y cuando hoy día recitamos nuestro Credo, estamos fundándonos realmente en el testimonio de los primeros apóstoles de Jesús. Ese testimonio ha llegado hasta nosotros a través de una cadena ininterrumpida, que hoy día sigue suscitando la respuesta de nuestra fe»<sup>7</sup>.

De Lubac cita aquí a Schillebeeckx: «Por su contenido y por su forma, el *Apostolicum* es muy apostólico, porque reproduce la tradición de la fe de los apóstoles... Es, verdaderamente, el reflejo fiel de los grandes temas de la predicación apostólica, de la catequesis enseñada por los apóstoles a los primeros neófitos, de la profesión de la fe de la cristiandad primitiva»<sup>8</sup>.

Von Harnack también hizo notar que todas las afirmaciones del símbolo se encuentran en los textos cristianos de los dos primeros siglos.

Y los trabajos históricos y filológicos posteriores dan este resultado: que si no es posible atribuir a los apóstoles la redacción misma del símbolo, se puede afirmar que «la

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, 52

<sup>7</sup> *Ibid.*, 53-54

<sup>8</sup> *Ibid.*, 54



enseñanza en la época apostólica comprendía ya cada uno de los puntos contenidos en el símbolo apostólico»<sup>9</sup>.

Después de todas estas investigaciones se puede volver a afirmar lo que mucho antes había dicho S Cirilo de Jerusalén refiriéndose al símbolo bautismal de su Iglesia, sustancialmente idéntico al símbolo de la Iglesia de Roma: que encontramos en él un resumen auténtico de la fe que fue transmitida por los apóstoles: «la fe santa y apostólica».

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, 55